

## Los episodios nacionales

# "Bonjour, tristesse"

Alguien que se toma el trabajo de leerme me ha dicho que mis "episodios nacionales" del lunes pasado estaban o venían aderezados con unas gotas de tristeza. Mala cosa. La tristeza es una enfermedad que pone mustios el alma y al naranjo. Es muy posible que ande estos días con ese achaque. Otros andan igual. José María Javierre, en su crónica de ayer, pone en labios de un su amigo esta frase: "Estás pesimista; tus artículos últimos dan una sensación de tristeza." Javierre cuenta una manifestación en Sevilla. Los manifestantes increpaban a las gentes que desde sus casas les miraban pasar. Gritaban: "¡Fascistas, burgueses, os quedan pocos meses!" y "¡Burgueses, cabrones, bajad de los balcones!" Al final saca una dolorosa profecía: "Hicimos entre todos lo más difícil. Ahora, unos cientos de energúmenos llevan traza de apoderarse del país y hundirnos el barco."

Ricardo de la Cierva se lamentaba ayer de esa "puerta falsa" que se le ha abierto a la Generalitat de Cataluña. "No podemos dedicar todo nuestro tiempo a la alegría", escribe. José María de Arellano adelanta en "ABC" unos fragmentos del "Diario de un ministro de la Monarquía". Leo el primero de ellos. Bajo la prosa objetiva y limpia, como un anticipo de la Historia, del ilustre político y escritor, creo hallar un rezumo de amargura. Javier Tusell comenta las intemperancias parlamentarias de Alfonso Guerra ("Un insensato" se titula el artículo) y anuncia, alarmado y entristecido, que un socialismo "guerrista" puede ser engullido ("englutido", dice él) por el PCE en tan sólo tres elecciones. Y después ilustra a los socialistas—que seguramente jamás se han molestado en leerlas—con citas de Julián Besteiro, de Indalecio Prieto y de Gabriel María de Coca. Algunos de estos socialistas, en vez de leer historia, se aprenden el diccionario de los insultos. Julián Marias, el más sereno denunciante público de los males de la dictadura y el más seguro arquitecto de todos cuantos en las páginas de los periódicos levantan planos para la nueva democracia, se queja—tristemente también—de lo que él llama la "dictadura de la fealdad". Porque la "fealdad" brota en los periódicos y en las revistas en forma de difamación, de insinuaciones y malevolencias, de alusiones insultantes y soeces. Y brota en el teatro, en el cine, en la política, en la calle. "Es menester—dice Julián Marias—que nos atrevamos, individual y colectivamente, a decir "no" al poder, a la oposición, a un periódico, a un partido, a un escritor, a un autor teatral, a un director de cine." Quizá para consolarnos de tanta tristeza y de tanto lamento, Santiago Carrillo ha afirmado que si no fuera por el Rey ya habría empezado el tiroteo. Los que estén deseando que empiece el tiroteo, ya saben por dónde empezar. Seguramente por eso las juventudes "guerristas" del PSOE aparecieron en el Palacio de Exposiciones y Congresos con su bandera republicana. La nostalgia republicana no está ahora en los discípulos y herederos de aquellos intelectuales amigos de la República. Ni siquiera eso. La nostalgia republicana está en los que más se alejan del cultivo de la inteligencia, en los que practican lo más soez del terrorismo verbal, del alboroto callejero, de la bárbara fiesta ibérica del mitin agresivo, en los que vuelcan los automóviles del desarrollo y las mesas de café para la tertulia, y para el descanso, y para el prólogo del amor, y hacen con eso barricadas contra la democracia.

No es esta tristeza casi general una tristeza de "sonatina" rubeniana. Es una amargura que nos está dejando sin ansias, que nos está matando las ilusiones recién estrenadas, que alcanza ya a las mitadas que ponemos sobre la cabeza de nuestros hijos. Máximo hace viñetas tristes. Tengo dicho que siempre hay un chiste de Máximo. Por lo menos yo lo encuentro cada vez que me hace falta. Y ahora ha escrito la palabra "hasta" sobre un charco de sangre. "El Papsu", que es una desvergonzada revista de humor, ha salido a los quioscos "con luto y sin bromas, con peor humor que nunca". He visto al hermano del capitán Herguedas contestar a un entrevistador de la televisión minutos después del asesinato. No ha pronunciado palabras de odio ni de venganza. Ha respondido con una agría y amarga tristeza. "No sé. No sé nada." Y así, cada mañana, junto al desayuno, con el periódico, viene el saludo que ya es habitual. Uno toma en sus manos el periódico y se dispone a decir la frase hecha, la frase que ya viene siendo la primera palabra de nuestra costumbre: "Bon jour, tristesse."

Quizá todavía nos quede un poco de sonrisa para leer esa noticia que nos informa de que al coche del presidente del Senado lo ha cazado el "cepo" municipal. ¡Hombre, esto es casi una noticia buena para la democracia, una de las pocas buenas noticias para la democracia que uno puede leer estos días! Y no es que yo tenga nada contra el coche de Antonio Fontán, al que deseo buen rodaje durante muchos años. Es que pienso que alguien se consolará en él de que le hayan atrapado el suyo. Y que ese consuelo empezará a ser un consuelo en alguna medida democrático. Al menos empezaremos a aprender democracia por el consuelo para ese mal nacional que es la envidia y que ahora anda más desatado que nunca. Jamás he visto que tantos se alegren tanto del mal ajeno ni que se reconcoman tanto con el bien de los demás. Apenas queda un poco de sonrisa para despedir a Ignacio Camuñas. El adiós

a Camuñas, al fin y al cabo estaba más cantado que el de "Tosca". Menos cuando nos ponen la mordaza, siempre hemos sido los españoles amigos de tratar a los políticos con bromas, caricaturas, rechiflas, chistes y otras inclemencias. Pero difícilmente se encontrará en nuestra historia política un personaje que haya servido más y de modo más inmisericorde como diana a esta costumbre de Celtiberia. Ha sido como un aliviadero para nuestra risa, que, por otra parte, es una risa nerviosa. Siempre es bueno que haya niños que lo paguen.

—Anda, Nacho, tómate unas vacaciones en el Gobierno y así aprovechas para casarte. Aquí a los únicos políticos que se les puede perdonar algo—y no del todo—el celibato es a los políticos del Opus. O te haces del Opus y te quedas soltero, como Laureano López Rodó, o a casarte.

Y Nacho se nos casa. Le vendrá muy bien, porque el matrimonio—esa institución admirable pero de difícil manejo, como decía el marqués de la Valdavia es un aprendizaje excepcional para las lides políticas. A veces enseña fe, esperanza y caridad; pero desde luego lo que sí enseña es prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Y sobre todo, paciencia y humildad, que son buenas virtudes para un político. Lo que ha sucedido es que Camuñas ha llegado tan tarde al matrimonio como pronto a un ministerio. En fin, que Nacho se va. Pero, como dijo Franco en ocasión más grave, no hay mal que por bien no venga. Porque lo bueno que tiene hacer ministro a Ignacio Camuñas es que se puede ir sin que se abra la crisis de Gobierno y sin que se derrumbe la UCD, como nos explicaban en la escuela que se derrumbó el califato de Córdoba. Y se ha demostrado que las relaciones con las Cortes las puede llevar, incluso, don Fernando Abril, que además de ser amigo del presidente Suárez no tiene cara de niño prodigio de la política, o se pueden llevar sin necesidad de crear un ministerio. No pasa nada. Aquí no pasa nada. "Fuese, y no hubo nada" como se dice en el estrambote del famoso soneto de don Miguel de Cervantes. Con lo cual queda dicho el adiós a Camuñas con toda dignidad, nada menos que con una cita cervantina.

No pasa nada. Es un decir. Pero lo que hace falta es que empiecen a pasar cosas que nos hagan esperar y que nos traigan un poco de confortación. Y de sana alegría. A lo mejor esa sana alegría nos la trae esa película que han hecho entre Antonio Mingote y José Luis Dibildos y que se llama "Vota a Gundisalvo". La canción que puede desplazar de la moda de estos días a ese

"Son tus perjúmenes, mujer,  
los que me sulibeyan..."

que se oye por la televisión, por la radio, por las ventanas, en las salas de fiestas y en la calle, es el himno de Gundisalvo:

"Se nota, se nota, se nota  
que España estará a salvo,  
si vota, si vota, si vota,  
si vota a Gundisalvo."

Por lo que conozco de la película, el pobre Gundisalvo no sale elegido senador por "Concordia Democrática del Estado Español". Menos mal. ¡Pues no faltaba más que Gundisalvo en las Cortes! Aunque otros más pintorescos hayan salido. Porque, como diría un amigo de la dictadura o un electorero de profesión, no sabe uno nunca lo que puede salir de las urnas, y aquí, en este primer ensayo de sufragio universal, han salido varios ejemplares raros y curiosos.

A lo mejor, cuando le den el voto a los muchachos de dieciocho años empezamos a elegir parlamentarios de más talla, sean conservadores—como anuncia el maestro Augusto Assía que va a ocurrir, porque, en contra de todos los pronósticos que por aquí circulan, los jóvenes votan más moderadamente que los mayores—o progresistas, que de las dos especies necesitamos para que esto sea una democracia con recambio aceptable y con un balanceo justo y saludable. Precisamente ese balanceo es el que nos puede librar de los bandazos. Por de pronto, los señores diputados y senadores se disponen a ocuparse en tareas más importantes para el país que las que hasta ahora han entretenido los dos Plenos del Congreso. La Generalitat de Cataluña se habrá colado por la puerta falsa, pero ya se puede estudiar el problema de las autonomías sin la presión urgente del problema catalán. Las medidas económicas esperan su turno y pronto escucharemos a los padres de la Patria—o a los padres del Estado español—debatir los asuntos que más interesan al españolito de a pie. La amnistía tendrá también su lugar en el orden del día del Congreso, y a lo mejor, con la amnistía, la autoridad se dispone a restablecer la autoridad y la ley vuelve a ser ley. La Constitución avanza, aunque en secreto, y a los políticos quieren, entre tantos motivos para el "bon jour, tristesse", empezaremos a abrir los ojos a algunos rayos de esperanza.

Jaime CAMPANY